

¿Tiene sentido hablar de *barrio* en la ciudad global? Reflexiones en torno a la relación entre sociología, comunidad urbana y el lugar¹

Does it have any sense talking about «neighborhood» in the global city? Reflections on the relationship between sociology, urban community and place

DAVID BARINGO EZQUERRA
Universidad de Zaragoza
dbaringo@unizar.es

RESUMEN

La comunidad urbana como la entendíamos tradicionalmente, sustentada en relaciones cara a cara a nivel de barrio, entra en crisis ya que cada vez más las comunidades urbanas pueden conformarse y subsistir sin necesidad de proximidad física permanente. Ya que el urbanita contemporáneo dispone de una amplia gama de medios para relacionarse con los demás, crecen sus lazos sociales aunque a menudo son frágiles y están apoyados en fórmulas de comunicación múltiples. Aunque la vida cotidiana de la gente cada vez con más frecuencia está menos relacionada con el barrio en el que vive, en determinados casos mantiene un importante valor como fuente de sentimiento de pertenencia e identidad. El creciente uso cotidiano de las tecnologías de comunicación e información también ha puesto en cuestión la sociabilidad urbana tradicional sustentada en la copresencia simultánea y los encuentros cara a cara. Pero la generalización del uso de estas tecnologías no disminuye la necesidad de interrelación humana en la ciudad, sino que más bien transforman las formas en cómo estas se llevan a cabo. La copresencia, barrera que el ámbito virtual no puede superar, continúa y continuará siendo condición básica para la vida social en las ciudades y, por lo tanto, en la configuración de la comunidad urbana.

Palabras clave: comunidad, barrio, espacio público urbano, capital social, sociabilidad urbana.

¹ Este artículo forma parte del proyecto «Museos y barrios artísticos: Arte público, artistas, instituciones» financiado por la Secretaría de Estado de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad (código HAR2012-38899-C02-01).

ABSTRACT

The urban community as traditionally understood, based on face-to-face relationships at neighborhood level, is falling into crisis due to the fact that urban communities can be created and subsists with no need of continuous physical proximity. The contemporary urban residents have a wide range of media to interact with others, their social ties grow but these are often fragile and supported by multiple communication forms. Although people's daily realities are with increasing frequency less connected to the neighborhoods where they live, in some cases it remains an important source of value and a sense of belonging identity attached to the neighborhood where they live.

The increasing use of communication and information technologies has also questioned traditional urban sociability sustained by simultaneous co-presence and face-to-face meetings. But the widespread use of these technologies does not reduce the need for human interaction in the city, but rather transforms the ways in which these are performed. The co-presence, the barrier that the virtual reality hasn't yet overcome, is and will continue to be a basic condition for social life in cities and, therefore, in the configuration of the urban community.

Keywords: *community, neighborhood, urban public space, social capital, urban sociability.*

INTRODUCCIÓN

El principal objetivo de este texto es hacer una reflexión actualizada en torno a un tema de tradicional interés en la sociología como es el concepto de comunidad urbana. En nuestros días, debido a un cúmulo de complejos procesos como la atomización de los estilos de vida, transformaciones culturales e identitarias, la introducción de nuevas tecnologías de comunicación o los cambios en las pautas de desplazamiento y residencia, la comunidad urbana tiene unos límites territoriales cada vez más confusos y se encuentra menos determinada por la vecindad residencial. Como consecuencia de todo ello, en las sociedades contemporáneas los vínculos comunitarios son más laxos que en el pasado. Se da un cambio en su textura, conformándose por múltiples «hilos» finos de relación que no le restan solidez, sino que le confieren más finura y elasticidad (Ascher, 2005: 41). Este tejido de fibras diversas de sociabilidad urbana es además social y culturalmente heterogéneo. Unas redes que se caracterizan por situarse a menudo fuera de las instituciones formales y por tener unos límites inciertos y variables —en ocasiones es difícil aclarar qué forma parte de la red y qué no—, carecen de un centro o lugar claro de dirección. Una sociabilidad en la ciudad que se apoya cada vez más en vínculos débiles (Granovetter, 1982) donde los vecinos del *barrio* ya no suelen ser amigos de la infancia, compañeros de trabajo o parientes. Cada persona se relaciona con muchas otras a diario y durante toda su vida, dentro y fuera del trabajo; elige uno o varios cónyuges sucesivos, a sus amigos y vecinos. Los nexos entre los habitantes urbanos se convierten de esta forma en más abstractos y despersonalizados, al mismo tiempo que se conectan con el simbolismo transnacional (García Canclini, 2009: 104).

Debido a los nuevos hábitos y pautas de comunicación, la mayoría de la gente no lleva una vida limitada a una sola comunidad sino que se desplaza entre variadas comunidades parciales y especializadas, y se compromete con cada una de ellas de un modo concreto (Tilly, 2010: 203). En la urbe global occidental estos cambios en la forma de crear lazos sociales se están produciendo en un contexto de macro procesos de cambio en los ámbitos político, económico, social y cultural como son la globalización, el rápido desarrollo tecnológico, transformaciones en la vida privada (Aries y Duby, 1992), el gradual divorcio entre la casa y el lugar de trabajo (Mumford, 1997) o el creciente miedo a lo desconocido (Beck, 1994, Castel, 2003 o Bauman, 2008). Estableciéndose nuevas relaciones entre el espacio y el lugar, lo fijo y lo móvil, el centro y la periferia, el espacio real y el virtual. Lo que tiene también implicaciones en las identidades individuales y colectivas, así como para el significado y coherencia de la comunidad.

En este artículo defiende la hipótesis de que en la ciudad contemporánea occidental la mayor movilidad y las facilidades de comunicación existentes modifican cada vez más las relaciones sociales con su componente espacial. De modo que la comunidad urbana como la entendíamos tradicionalmente, sustentada en relaciones cara a cara a nivel de *barrio*, entra en crisis ya que cada vez más las comunidades urbanas pueden conformarse y subsistir sin necesidad de proximidad física permanente. Ya que el urbanita contemporáneo dispone de una amplia gama de medios para relacionarse con los demás, crecen sus lazos sociales aunque a menudo son frágiles y están apoyados en fórmulas de comunicación múltiples. A pesar de ello argumento también que el elemento espacial —en concreto, los encuentros cara a

cara en el espacio público del *barrio*— continúan siendo importantes en la conformación de determinadas comunidades, aunque de manera mucho más diversa y fragmentaria que antes. El *barrio* continúa manteniendo su fuerza como espacio de representación y expresión del *ethos* comunitario, aunque sea con un fuerte componente mítico y coyuntural.

Para defender esta hipótesis tomo como propio el planteamiento de Elster (1995), cuando señala que las ciencias sociales tienden a errar cuando buscan leyes generales de comportamiento que den explicaciones unívocas para comprender determinados fenómenos de la vida social, mientras que tienen mayor capacidad explicativa cuando tratan de aislar tendencias y propensiones profundizando en el conocimiento de mecanismos sociales. Para realizar esta reflexión en torno al concepto sociológico de comunidad urbana en la ciudad contemporánea he optado por tomar en consideración a autores especialistas en aislar y analizar mecanismos de sociabilidad en contextos urbanos complejos como son Maffesoli, Sennett o Putnam. Tras una breve contextualización previa sobre cómo la sociología urbana ha tratado históricamente el tema de la comunidad urbana, las partes principales de este artículo hacen referencia al debate actual sobre la posibilidad de que las tecnologías de la información y comunicación acaben definitivamente con la comunidad urbana como la entendíamos tradicionalmente, o sea, sustentada en relaciones cara a cara a nivel de *barrio*; la capacidad que todavía tiene el lugar como generador de límites y referencias simbólicas comunitarias; y los intentos por las políticas urbanas contemporáneas por recrear artificialmente barrios (tecnológicos, artísticos...) que logren catalizar el capital social local promoviendo redes sociales informales con capacidad para favorecer el cambio, y fomentar la difusión de prácticas innovadoras en la urbe.

LA SOCIOLOGÍA DE LA COMUNIDAD URBANA Y LA DECADENCIA DEL VÍNCULO COMUNITARIO

A pesar de la abundante literatura sociológica existente en torno al concepto de *comunidad*², todavía hoy continúa siendo un término difícil de definir y complicado de observar. Reflexionar en torno a la cuestión de la comunidad urbana, desplazando por ello el énfasis de lo social a lo espacial, complica todavía más la cuestión ya que es habitual que se produzcan variaciones entre las comunidades en relación con los espacios que comparten, en términos de lazos o redes sociales, y en términos de asociaciones de intereses. Estos diferentes modelos de comunidad —basados en lugar, asociación o solidaridades afectivas— tienden a menudo a solaparse y a interrumpirse entre ellas (Tonkiss, 2003: 298-299).

La definición e interpretación sociológica del concepto *comunidad* fue tema de interés para varios de los clásicos de la disciplina³, como Durkheim (2007) —con su distinción entre solidaridad orgánica y solidaridad mecánica—, Cooley (1902) —grupos primarios y

² Robert Nisbet lo considera uno de los primeros términos utilizados en la historia del pensamiento sociológico (Nisbet, 1966).

³ De hecho, para muchos de los autores clave de la práctica totalidad de las «cinco generaciones» que, según Lamo de Espinosa, caracterizan la sociología del siglo XX (Lamo de Espinosa, 2001).

secundarios— o Max Weber al analizar las redes sociales de solidaridad distinguiendo entre lo comunal y lo asociativo, introduciendo el concepto de la modernidad como un proceso de creciente racionalización. En el ámbito específicamente urbano los pioneros en tratar la cuestión de la comunidad fueron los sociólogos alemanes Ferdinand Tönnies y Georg Simmel. En un contexto de progresiva aunque desigual urbanización y modernización de la sociedad, ambos contrapusieron la comunidad rural con la urbana, detectando un proceso de paulatina decadencia de las sociedades tradicionales y donde la sociabilidad urbana se caracterizaba por nuevas, circunstanciales y más débiles redes de solidaridad. En concreto Tönnies, en el año 1887, describió lo que consideraba la transición que en la modernidad se estaría produciendo de la *Gemeinschaft* («comunidad»), entendida como sociabilidad sustentada en el grupo íntimo, el conocimiento personal cercano y caracterizado por la estabilidad, hacia la *Gesellschaft* («sociedad») entendida por una sociabilidad basada en el individuo, con relaciones fragmentarias y discontinuas.

Inspirados por estos y otros autores clásicos, los sociólogos de la Escuela de Chicago⁴ iniciaron una larga tradición —que continúa todavía hoy⁵— de estudios empíricos con la ciudad como principal laboratorio, y donde la comunidad urbana es uno de sus centrales objetos de investigación. Uno de sus más conocidos exponentes, Herbert Gans (1962), en su clásico *The urban villagers*, lleva a cabo un análisis sistemático sobre una comunidad italoamericana pobre en la ciudad de Boston (Estados Unidos). En este estudio, Gans se interesa por cuestiones relacionadas con la vida comunitaria a nivel de *barrio*, descubriendo que la «cultura de aislamiento al exterior» podía tener no solamente consecuencias beneficiosas —redes de autoayuda, refuerzo del sentido de pertenencia...—, sino que también negativas para el bienestar material de la comunidad al dificultar su integración con el conjunto del tejido social de la ciudad en la que se encuadra. A diferencia de otros autores de la Escuela de Chicago como Burgess y Park, Gans es el primero en superar los aspectos ecológicos —el presupuesto de que el lugar determina el carácter de las personas— sustituyéndolo con un explícito determinismo cultural. Poniendo de esta forma la base de lo que después se denominará «capital social», concepto ampliamente utilizado por la sociología urbana contemporánea, y al que me referiré más adelante.

La sociología de corte funcionalista —general y, a veces también, urbana— predominante en la década de los setenta y ochenta del siglo XX tendió a generar sofisticados sistemas teóricos explicativos de las interacciones formales entre grupos e individuos que parecieron arrinconar el interés por el estudio de la comunidad urbana. Son aquí referencias principales los primeros trabajos de Harvey (1973) y, sobre todo, Castells (1972). Muestra de ello es la forma que el sociólogo español define el fenómeno urbano en la primera edición castellana de su *Cuestión Urbana* (1976: 279) como la directa traslación de la infraestructura económica y donde la vida en comunidad queda encorsetada: «lo urbano connota directamente los procesos relativos a la fuerza de trabajo de modo diferente que en su aplicación directa al proceso de producción (pero no sin relaciones, puesto que toda su reproducción está marcada).

⁴ Ver los completos trabajos realizados al respecto por Chapoulie (2001) y Picó y Serra (2010).

⁵ Ver un completo repaso a la literatura anglosajona al respecto en *The new urban sociology*, de Gottdiener y Hutchison (1994).

El espacio urbano se convierte así en el espacio definido por una cierta porción de la fuerza de trabajo, delimitada, a un tiempo, por un mercado de empleo y por una unidad (relativa) de su existencia cotidiana».

Estos determinismos de corte estructuralista o marxista eclipsaron por un tiempo la producción científica en las ciencias sociales en torno a estas cuestiones salvo la excepción de algún trabajo que incide en la aplicación del método inductivo —de lo particular a lo general— en la investigación sociológica urbana aplicada. Muestra de ello son las aportaciones de Keller sobre el vecindario urbano (1975), Köning (1971) o Timms (1976), donde el estudio empírico de la ciudad a nivel *micro* y *meso* permite rescatar claves sobre la manera cómo se generan vínculos comunitarios de cooperación o conflicto a nivel de barrio y vecindario dentro del contexto general macrosociológico de la urbe. Inspirado de su maestro Lefebvre, enfrentado abiertamente con el marxismo de corte funcionalista vigente en la época, Mario Gaviria realizó durante esa época en España diferentes relevantes trabajos empíricos sobre los vínculos entre vida cotidiana, relaciones de vecindad y lazos comunitarios en un contexto de rápido y desordenado crecimiento urbano. Destacan sus estudios sobre la zonas de vivienda social en Madrid, «Gran San Blas: análisis sociourbanístico de un barrio nuevo» (1968), y el compendio de trabajos sobre zonas turísticas, áreas residenciales suburbanas o regiones periurbanas recopilado en «Campo, urbe y espacio de ocio» (1971).

Con el devenir del tiempo la situación cambió gracias principalmente a las contribuciones de autores muy conocidos e influyentes como Bourdieu —en la literatura sociológica francesa— o Putnam —en la anglosajona— haciendo resurgir el interés por el universo de la interacción directa, cara a cara, y el papel que desempeña en la conformación de comunidades en la ciudad. No solamente informales, sino que a veces también integradas en grandes sistemas de interacción formales.

Los estudios contemporáneos sobre la comunidad urbana rehabilitan muchos de los temas de interés de la Escuela de Chicago y puntos de vista de autores como Erving Goffman o Henri Lefebvre⁶, tratando especialmente cuestiones relacionadas con la identidad, la interacción y el vínculo, como muestran las investigaciones realizadas en este tema por autores tan diversos en su enfoque como Wacquant, Sennett o Wellman⁷. Desde la perspectiva de la tradición hispanohablante, la sociología de la ciudad, pasada su época de esplendor en los setenta y ochenta del siglo XX, se puede considerar con relativamente escasos autores de la academia trabajando monográficamente la cuestión desde el ámbito de la sociología, aunque

⁶ Para Lefebvre (1974: 108), el espacio es mucho más que un mero escenario —receptáculo pasivo— de la realidad social y es, en sí mismo, un actor activo de pleno derecho donde se enmarca la vida cotidiana de la gente. Inspirándose en Bachelard (1965: 140), y en especial en su *La poética del espacio*, considera que un organismo no puede ser autónomo de la concha en la que vive. Por ello, para Lefebvre, el espacio se convierte en un ámbito privilegiado para la interacción social, para la relación dialéctica entre lo que denomina espacio físico, espacio mental y espacio social.

⁷ Wellman es considerado con frecuencia el principal referente contemporáneo del análisis de redes sociales (*social network analysis*) para el estudio de la comunidad urbana. Este enfoque considera capital la existencia de una serie de redes de relaciones más o menos intensas (familia, amistad...) entre miembros (nodos) y una serie de lazos que se conectan con todos o algunos de los nodos, conformando comunidades de naturaleza variable (Wellman, 1999: 11). Véase también Wellman y Gulia (1997).

con notables excepciones como Leal, López Jiménez, Alabart, Urrutia, Rodríguez Villasante, Baigorri, Díaz Orueta o Jon Leonardo⁸, por ejemplo; y en Latinoamérica, Martín Barbero, García Canclini o Armando Silva. Mucho más frecuentes son, sin embargo, los estudios liderados por antropólogos interesados por el estudio del espacio público utilizando un enfoque de corte microsociológico o etnográfico, donde se presta especial atención a la interacción «cara a cara» y a los rituales comunitarios que se producen en el espacio público al estar caracterizados por la copresencia y la visibilidad mutua de los diferentes actores sociales. Destacan aquí los trabajos de Mairal, Delgado, Feixa o Aramburu. Ello ha permitido renovar la propia disciplina en un contexto como el actual en el que las comunidades originarias puras han desaparecido prácticamente (del planeta), así como las áreas rurales relativamente homogéneas y aisladas (en Europa). Por ello, el interés por las formas de socialización de los pueblos «primitivos» o las comunidades rurales remotas y aisladas que interesaron a los etnógrafos clásicos se derivan hacia el estudio de los usos y costumbres de las plurales y fragmentarias subculturas urbanas en la generación y mantenimiento de sus vínculos comunitarios (Canevacci, 2002: 21).

La comunidad urbana adquiere a menudo en la sociología contemporánea⁹ una connotación positiva ya en las zonas de la ciudad más deprimidas es un ámbito de posible solidaridad, y facilita la búsqueda de mejores oportunidades de supervivencia de los residentes de los barrios estigmatizados por el «efecto barrio¹⁰». Sennett (2001: 198-199), por su parte, atribuye a las redes de sociabilidad y a los lazos comunitarios un carácter casi mesiánico ante lo que considera una tendencia general en las ciudades contemporáneas de un progresivo mayor aislamiento de la gente en el ámbito privado («sociedad íntima»). Una sociedad caracterizada por la ilusión de que los individuos pueden desentenderse del hacer colectivo y construir un mundo estrictamente privado¹¹. El debilitamiento de los lazos comunitarios son uno de los principales males de nuestro tiempo, donde la creciente variabilidad y fragmentación de las relaciones corrompen el carácter individual y de grupo, y en particular, aquellos elementos del carácter que ligan los seres humanos entre sí y que los dotan de una personalidad sostenible (Sennett, 1998). En un contexto económico donde predominan los proyectos a corto plazo, los contratos parciales y el sistema de ingresos por incentivos, es cada vez más complicado general un vínculo sólido comunitario de lealtad, responsabilidad y confianza¹². Para hacer frente a esta tendencia el autor aboga por un «nuevo anarquismo cosmopolita» caracterizado por un refuerzo de la cualidad de la ciudad como

⁸ Ver análisis sobre la situación de la sociología urbana en Leal y Alabart (2007) y Alabart (2003).

⁹ Ver un repaso general en torno a esta cuestión en Paddison (2001).

¹⁰ Ver aportaciones de Bourdieu al respecto (1993: 159-167) o, en la literatura anglosajona, Musterd *et al.* (2006), Blokland (2003: 47) o Buck (2001).

¹¹ Un argumento desarrollado inicialmente por Richard Sennett en su clásico *Vida urbana e identidad personal*, que ha sido retomado por influyentes autores de la sociología general como Giddens, Beck (Beck, Giddens y Lash, 1997) o Bauman (2003: 145).

¹² Con su estilo provocador, Gilles Lipovetsky señala en su *La era del vacío* que «que hemos pasado de la 'guerra de clases' a la 'guerra de todos contra todos'. En el universo económico, en primer lugar, reina una rivalidad pura, vaciada de cualquier significado moral o histórico. [...]. La propia vida privada ya no es un refugio y reproduce ese estado de guerra generalizado [...]. Las relaciones humanas, públicas y privadas, se han convertido en relaciones de dominio, relaciones conflictivas basadas en la seducción fría y la intimidación» (Lipovetsky, 2002: 68).

lugar de múltiples puntos de contacto, interacción y mezcla, valorizando también el potencial conflicto que ello conlleva.

En definitiva se puede decir que los estudios actuales sobre la comunidad urbana inciden sobre todo en la importancia que las redes interpersonales continúan teniendo en la sociabilidad, asumiendo que las ciudades actuales son cada vez más «sociedades de individuos» (Elias, 1987), donde los vínculos comunitarios escasean. La sociología urbana contemporánea se interesa sobre todo en la manera cómo estos vínculos pueden llegar a convertirse en espacios de oportunidad para sus residentes, vehículos potenciales para el acceso e intercambio de soporte emocional, ayuda material o información en un contexto urbano abierto y de creciente incertidumbre.

¿LA CRISIS DE LA SOCIABILIDAD TRADICIONAL CARA A CARA SUPONE EL FIN DE LA COMUNIDAD URBANA?

Otra cuestión central en el debate contemporáneo sobre la comunidad urbana tiene que ver con el desplazamiento y ampliación que se ha producido en su base territorial de referencia debido a la superación de muchas de las restricciones que antes imponía el espacio, y que ahora están siendo parcial o totalmente superadas por la revolución tecnológica en los campos de la comunicación y el transporte. Sobre todo en las ciudades de los países más ricos, y entre los grupos sociales con mayor nivel cultural y económico. Un fenómeno detectado primero en las grandes ciudades globales donde se acumulan las principales infraestructuras, telecomunicaciones y servicios, así como las sedes de las mayores empresas capitalistas como la banca, servicios financieros, bufetes de abogados, gabinetes de consultoría y los principales centros de investigación y centros de educación superior (Friedmann y Wolff, 1982: 320), pero que también alcanza ya a las ciudades de los países más periféricos por el efecto contagio de la aldea global (Hannerz, 2005)¹³. Giddens, por ejemplo, hizo referencia a que los espacios para la interacción social y cultural se han separado de las particularidades sociales y geográficas que tradicionalmente determinaban el lugar¹⁴. Harvey (1997) incide en la «compresión del espacio-tiempo» que suponen los avances tecnológicos, lo que ha supuesto el colapso de los límites espaciales y temporales como los entendíamos tradicionalmente. En los argumentos de estos y otros autores se utilizan datos empíricos que demuestran cómo cada vez más personas y familias, sobre todo en los países industrializados pero ya no solamente, pasan un creciente número de horas en sus casas viendo televisión, jugando a las video consolas o utilizando Internet, lo que contribuye directamente a la

¹³ Los trabajos de Saskia Sassen han resultado especialmente detonadores en la literatura sociológica urbana al puntar sobre la importancia de la ciudad global ampliando el enfoque fuera de Occidente (Sassen, 2001) y a otras ciudades localizadas fuera de los países tradicionalmente considerados como «industrializados» (Sassen, 2011). Para un interesante análisis de conjunto sobre la hipótesis de la «ciudad global», sus seguidores y críticos, ver Del Cerro (2004: 199-218).

¹⁴ Giddens (1989: 53). En concreto, utiliza el término *disembedding*, que viene a significar que en las sociedades contemporáneas las relaciones sociales son «sacadas fuera» del contexto local de interacción y recolocadas en ámbitos espacio-temporales lejanos e indefinidos.

decadencia de la interacción personal cara a cara a nivel de *barrio*. La sociabilidad tradicional que antes se realizaba exclusivamente en la calle está siendo reemplazada por otra sustentada en encuentros a distancia vía Internet o telefonía móvil (chateo, foros, etc.). El caso extremo es el estereotipo de una serie de individuos que, a pesar de vivir en la ciudad rodeados en la gente, están aislados sin participar en la sociabilidad de la vida urbana de su entorno inmediato, unidos con el mundo únicamente a través de la pantalla (Crang, 2000: 204).

¿Hasta qué punto estos procesos contribuyen a devaluar la importancia del espacio en la conformación de la comunidad urbana? Para una amplia gama de autores que podríamos denominar como «tecnó-optimistas», las comunidades virtuales tienen prácticamente las mismas características que las comunidades sustentadas en relaciones cara a cara salvo por la falta de corporeidad de las cibernéticas. Dicho en otras palabras, un foro de Internet y una discusión en la plaza del barrio se parecen prácticamente en todo, con la única diferencia de que solo en la plaza física te puedan dar un beso o una bofetada¹⁵. La mayor gama de alternativas tecnológicas disponibles abren a los residentes urbanos múltiples oportunidades para la comunicación y el intercambio combinando la presencia y la telepresencia, así como la comunicación diacrónica —o sea, en tiempo real, como una llamada telefónica— o sincrónica —con un retraso entre el envío y la recepción del mensaje, como un correo electrónico— (Mitchell, 1995: 110), permitiendo que cada vez más comunidades se entablen y mantengan sin necesidad de encuentros cara a cara.

La incursión de las tecnologías de información y comunicación suponen que la simultaneidad y la copresencia dejan de ser una *conditio sine qua non* para la interacción cara a cara en el ámbito cercano del *barrio*, lo que puede catalogarse como revolucionario desde el punto de vista de la comunidad urbana. Sin embargo, diversas investigaciones dejan en evidencia la importancia central que continúa teniendo el contacto físico cara a cara en la sociabilidad (Saco, 2002 o Turkle, 1997), ya que en los encuentros electrónicos dejamos de intercambiar múltiples claves de tipo visual, sensual o auditivo necesarios en la comunicación con el otro. Las implicaciones que conlleva el ver a una persona, llamarla por teléfono o enviarle un correo electrónico son completamente diferentes. Es posible imaginarse un mundo cuya sociabilidad se sustente únicamente en encuentros físicos cara a cara, pero no otro basado en relaciones sociales establecidas únicamente por medios electrónicos.

En definitiva, el tiempo transcurrido desde la implantación de estas tecnologías así como su profuso desarrollo posterior han permitido demostrar que la denominada era de la información o la sociedad red (Castells, 2002, 2006) no es exclusivamente un fenómeno inmaterial o antiespacial, sino que supone, por lo menos entre los grupos de personas y las partes del mundo con mejor conectividad, profundos, complejos y multifacéticos cambios en la sociabilidad y en la conformación del sentido comunitario. En relación a la ciudad, este proceso se enriquece todavía más cuando comprobamos que casi siempre los contactos interpersonales y las comunidades generadas de manera virtual se acaban concretando cara a cara con la realización de encuentros en el barrio de manera

¹⁵ «People in virtual communities do just about everything people do in real life, but we leave our bodies behind» (Rheingold, 2005: 520).

física, y que presentan una gama casi infinita de repercusiones en el ámbito más lúdico —encuentros entre coleccionistas de cómics, fiestas musicales rave, grupos de solteros que buscan encontrar pareja...—, pero también económico —foros técnicos especializados, movimiento *open source*...—, cultural —bibliotecas electrónicas, educación a distancia, derechos de autor del trabajo intelectual...— o político —movilizaciones en España del 15-M, revueltas políticas en el norte de África en el año 2010, etc.—. En un proceso donde la sociabilidad virtual y sociabilidad cara a cara se complementan en la configuración de las comunidades urbanas.

EL BARRIO COMO PRODUCTOR DE IDENTIDADES E IDENTIFICACIONES

Como se ha visto hasta este punto en la ciudad contemporánea la definición sociológica de barrio está cambiado, siendo ya no una única entidad física con inmutables límites geográficos sino que se asemeja más a un contenedor espacial de límites variables donde se superpone una determinada red de redes sociales. Pero a pesar de que se ha debilitado el sustrato espacial de la comunidad urbana, se detecta un proceso paralelo donde el barrio aparece como un elemento importante desde el punto de vista identitario. Como nos confirman investigaciones sobre el pandillismo latino en España (Feixa, 2006), el fenómeno de los *banlieus* en Francia (Lepoutre, 2001) o el *ghetto* norteamericano (Bourgois, 2003), el barrio mantiene para ciertos grupos sociales en la ciudad su importancia en el marcaje del territorio, como límite afectivo relevante contribuyendo a generar un sentimiento de pertenencia y conciencia individual y de grupo.

Estos límites físicos y, sobre todo, simbólicos, a nivel de *barrio* para determinados grupos implican un cierto grado —aunque a veces sea tan laxo que ni tan siquiera se verbalice— de coherencia interna (significado) que crea un vínculo común identitario, a pesar de la diversidad de sus miembros¹⁶. A menudo estos vínculos se caracterizan por ser uniones débiles donde la gente se junta a fin de constituir temporales comunidades emocionales de pertenencia. Estas coaliciones pueden ser concebidas como coyunturales tribus postmodernas donde se produce una experiencia colectiva de éxtasis, identificación colectiva e inmediatez afectiva (Maffesoli, 2000), desde una tribu urbana a grupos todavía más volátiles como la celebración de una fiesta o un éxito deportivo. La idea no es nueva, y en cierta forma se nutre de Weber —comunidades afectivas o emocionales, *Gemeinden*—, Simmel —sociabilidad— o de Bourdieu —grupos que buscan distinguirse de otros al compartir códigos simbólicos de comportamiento, estética, gusto y *habitus*—. Incide en la necesidad universal y atemporal que tiene la gente de estar unida. En la lógica de la fusión y en la pulsión de compartir con el otro en la búsqueda de una comunidad emocional (Alonso y Fernández Rodríguez, 2007: 71). La flexibilidad del concepto *tribalismo* es útil para avanzar en la reflexión en torno a la

¹⁶ Con la dificultad añadida, como señalan Michael Keith y Steve Pile (1996: 225) en su *Place and the politics of identity*, que «Spatialities represent both the spaces between multiple identities and the contradictions within identities. There are gaps not simply between the identities we present in different socio-spatial settings, but also within particular identities».

comunidad urbana en el contexto de la ciudad contemporánea y el papel que desempeña el espacio en este proceso.

El barrio y, en especial, su espacio público se convierte —o puede convertirse— en ámbito privilegiado para la «sociabilidad electiva» (Maffesoli, 2000: 156), donde desde una lógica de red —superando las divisiones clásicas de sexos, etnia o género— los individuos eligen los estilos de vida de los grupos en los que desean incluirse y excluirse en un proceso selectivo de filias —«nosotros»— y fobias —«ellos», el «otro»—. En el contexto policultural del urbanita contemporáneo, este suele formar parte de manera más o menos coyuntural de una o más comunidades al mismo tiempo. La clásica «lógica de la identidad» es reemplazada por la más superficial y sutil «lógica de la identificación». Unos grupos con sus propios ritos de entrada, permanencia y, si es el caso, de salida. La sociabilidad acaba solidificándose en un *ethos* común, irreductible a una lógica utilitarista o funcionalista del que se generará la particular entidad de cada comunidad emocional. O sea, un nuevo tribalismo caracterizado por una multiplicación y diseminación de la sociabilidad para conformar una plural gama de identidades sociales (Carretero, 2007: 84) y donde el *barrio*, en especial su espacio público urbano, es a menudo su principal referente como anclaje territorial del grupo.

Pero la conciencia colectiva de *barrio* también puede subsistir o recuperarse con un grado de intensidad y perdurabilidad mayor principalmente gracias a la protesta y el conflicto liderados por los movimientos sociales de ámbito territorial, entendidos como redes de sociabilidad que adquieren capacidad para albergar demandas diversas y gestionar el conflicto potencial de manera más o menos organizada y espontánea. Desde asociaciones de vecinos formales a identidades de resistencia¹⁷ (gays, minorías étnicas y religiosas...) o reacciones de autodefensa y reafirmación comunitaria como el efecto NIMBY¹⁸, en donde un grupo de residentes se conforma como público (el *barrio*) para enfrentar a algo o alguien que consideran una agresión a la comunidad. El exceso de ruido, la prostitución callejera o la simple peatonalización de una calle puede ser percibido como una amenaza de origen exterior —los jóvenes del botellón, las prostitutas, el Ayuntamiento— que atentan contra su espacio físico, simbólico y emocional de referencia (el *barrio*), lo que hace necesario que la comunidad se movilice. La forma cómo se articula este movimiento de autodefensa comunitaria ha merecido de especial interés en las ciencias sociales contemporáneas¹⁹ y se caracteriza, con frecuencia, por actuar al margen del movimiento vecinal institucionalizado y por su carácter fungible (*single-issue movement*), ya que suelen nacer para hacer frente a

¹⁷ Castells (1974 y 1983) al estudiar, entre otras, las comunidades gays de San Francisco (Estados Unidos), introduce el concepto de «identidades de resistencia» sustentadas en un sentimiento compartido de mutua defensa frente al mundo considerado hostil. Esto contribuye a crear una comunidad cuyo principal fin es proteger los derechos y los intereses considerados como propios frente a un grupo exterior extraño y adverso, o sea, la sociedad norteamericana de la época donde predominaba un sentimiento homófono.

¹⁸ Acrónimo de *Not In My BackYard*, «No en mi patio trasero» (Dear, 1992). También ver Pacione (2001: 364).

¹⁹ Estos asuntos han tenido una notable importancia en las ciencias sociales interesadas por las cuestiones urbanas territoriales y ambientales. Además de la múltiple literatura teórica en torno a la denominada «sociedad del riesgo» que hace referencia a esta cuestión (Beriain, 1996), aquí destacaremos por su exhaustividad la investigación aplicada coordinada por Oriol Nel·lo (2003) para el caso catalán: «Aquí, no! Els conflictes territorials a Catalunya».

un único problema y sus actuaciones finalizan una vez resuelto este (Vallès, 2000: 341). Ello supone en todo caso que en estos procesos de movilización pública el *barrio* logra reafirmarse y pervivir como referente colectivo con una base mítica o real.

En suma, lo dionisiaco o el conflicto pueden incitar a que un grupo se constituya en la ciudad como comunidad, diversa a otras, y donde el elemento indentitario (o identificatorio) adquiera un papel central. Estableciendo sus propios límites comunitarios físicos, simbólicos y emocionales entre el *nos* y el *otro* generalizado. Este límite puede no coincidir con el barrio, pero a menudo sí. La fiesta, lo dionisiaco, es el ámbito privilegiado del tribalismo (Maffesoli, 1996). Bien sea el carnaval, el botellón o los altercados de violencia ritual en la calle (Baringo, 2012), que en todos los casos necesitan del encuentro físico y de la interacción directa cara a cara en el espacio público del *barrio*. En este proceso de búsqueda de vínculos comunitarios más fuertes (identidades) y laxos (identificaciones), el *barrio* continúa manteniendo un papel relevante como escenario y lugar —apropiado emocionalmente por el grupo— de uso ritual y representación simbólica.

EL BARRIO COMO CATALIZADOR DEL CAPITAL SOCIAL LOCAL

Gracias a su capacidad para albergar desconocidos, las ciudades tienen también un peculiar especial potencial para catalizar el capital social local y promover redes sociales informales (Schön, 1989) con capacidad para favorecer el cambio, fomentar la difusión de prácticas y técnicas nuevas o facilitar la innovación social, económica, política y cultural. Una importante rama de la literatura sobre desarrollo económico urbano en las últimas décadas ha tomado especialmente en cuenta este punto, rehabilitando el concepto de *barrio* como un espacio de oportunidad para el fomento de la creatividad, la innovación y la atracción de inversiones²⁰.

Para entender mejor la forma de cómo se busca promover artificialmente estas comunidades urbanas creativas es de especial interés introducir el concepto sociológico de capital social, un término también criticado desde la sociología urbana²¹, pero que tomo aquí en especial consideración ya que pone el acento en el potencial de acción de los individuos que se deriva de la estructura de relaciones de la comunidad en la que se incluyen (Coleman, 1990). El capital social se concreta en la densidad variable que un territorio tiene de redes de relaciones sociales, y está estrechamente emparentado con elementos como la participación asociativa, que tiende a producirla y a mantenerla. Según Putnam (2000: 134), es posible distinguir entre el «capital social facilitador» (*bridging*), entendido como el existente entre miembros de redes distantes y débiles basadas en la inclusividad, y el «capital social vinculante» (*bonding*), que se sustenta en algún tipo de exclusividad. Ambas coexisten y, con

²⁰ Los principales teóricos de la denominada «clase creativa» son Florida (2009) y Landry (2008). Para las críticas a este enfoque, ver los trabajos de la geógrafa Doreen Massey (1992).

²¹ Entre otros ver Mayer (2003), que critica cómo la retórica del poder se ha apropiado del concepto. Analizando el uso que del término realiza el Banco Mundial, la autora señala que detrás del concepto «capital social» se busca fomentar formas de participación cívica sin conflicto, donde vayan juntos cohesión y competitividad.

frecuencia, se superponen. Un ejemplo de capital social facilitador son las redes informales de información que se pueden generar en torno a un pequeño comercio. Ejemplo de capital social vinculante son redes de ayuda mutua que pueden generarse en torno a un centro religioso como una parroquia. En la actualidad políticas urbanas en ciudades de medio mundo están promoviendo activamente la creación de nuevos barrios, o la rehabilitación de otros ya existentes, en los que se busca crear y consolidar capital social entre personas con intereses parecidos en los ámbitos creativos o de la innovación como son los denominados barrios tecnológicos o *milieux* urbanos (Giddens, 1984). Espacios que buscan construir —con desigual fortuna²²— campos de colaboración y lazos de confianza generando redes de contactos y de intercambio de información entre inversores, investigadores, industria, universitarios y ciudadanos en general, practicando una cooperación descentralizada y no coercitiva entre ellos. Estableciendo entre los actores implicados un sistema propio de controles, recompensas y castigos (Elster, 2006) que reporte beneficios —materiales e inmateriales— a quienes deciden colaborar. Desde este punto de vista, el *barrio* recobra un papel central como escenario catalizador del capital social —del vinculante pero, sobre todo, del facilitador—, dada su especial capacidad para favorecer la mezcla y el encuentro en un ambiente informal entre mentes especialmente creativas y emprendedoras.

A pesar del alto nivel de equipamiento tecnológico de estos barrios, se busca deliberadamente favorecer a las cualidades del barrio tradicional favoreciendo la contigüidad espacial, la residencia cercana y la profusión de encuentros fortuitos cara a cara. Aunque los residentes y usuarios de estos barrios podrían comunicarse exclusivamente de forma virtual a través de Internet y teléfono móvil, en estos barrios se busca crear espacios en donde poder encontrarse físicamente tomando una taza de café, una cerveza, en un concierto o en un mercadillo de cómics usados. Con unas redes de sociabilidad compuestas inicialmente a menudo por extraños, hacer crecer rápidamente su capital social es uno de sus principales indicadores de éxito (Bagnasco, 1994). Con comunidades creativas sustentadas en la hibridación de personas y colectivos con diferentes habilidades (García Canclini, 2004: V), en el ámbito del desarrollo tecnológico²³ pero también en las artes (barrios artísticos²⁴) o en variados modos de innovación social en la vida cotidiana.

En definitiva, algunos de los elementos paradigmáticos del barrio tradicional con su potencial para el encuentro cara a cara no solamente mantiene su vigencia en la ciudad contemporánea sino que en los casos de las comunidades creativas busca ser rescatado y rehabilitado de

²² Ver un análisis de los éxitos y fracasos de esta estrategia en materia de políticas urbanas en España, en Subirats *et al.* (2011), aunque el caso más paradigmático es el del barrio 22@ en Barcelona (<http://www.22barcelona.com>).

²³ En este sentido a menudo se suele utilizar como ejemplo el caso de Silicon Valley (California, Estados Unidos), donde una estimulante atmósfera intelectual y los laboratorios *think tanks* («depósitos de ideas»), galerías de arte y salas de conciertos existentes al norte del condado de Santa Clara ayudaron a fomentar la explosión económica de la región, al mismo tiempo que la convertían en un símbolo de la emergencia de las comunidades creativas y que han sido objeto de múltiples estudios sociológicos, como los realizados, entre otros, por Manuel Castells (Winner, 2004: 54).

²⁴ Caracterizados por «la afluencia de artistas —en la calle, en talleres o residencias, en cafés y locales de ocio—, la abundancia de arte en el espacio público —murales, esculturas y monumentos...— y la profusión en dicho distrito urbano de establecimientos artísticos —academias o escuelas de artes, museos, galerías de marchantes o fundaciones» (Lorente, 2009: 15).

manera artificial. En un proceso todavía inacabado en el que las ciudades en la globalización ya no solamente se caracterizan por ser aposento de comunidades ya existentes, sino que principalmente también son precursoras de otras nuevas aprovechando el atractivo que siguen teniendo para atraer y retener el talento y su capacidad para dinamizar el capital social local.

CONCLUSIONES

La principal conclusión del presente artículo es que en la ciudad contemporánea el elemento espacial continúa siendo relevante para explicar determinados procesos de conformación de comunidades urbanas a pesar de su creciente complejidad. Dicho esto, se concluye también que ya no basta con la cercanía residencial para que una determinada agregación de individuos se constituya como comunidad (*barrio*), ya que las relaciones interpersonales en la ciudad son crecientemente diversas, fragmentarias y complejas. Aunque la vida cotidiana de la gente cada vez con más frecuencia está menos relacionada con el *barrio* en el que vive²⁵, en determinados casos mantiene un importante valor como fuente de sentimiento de pertenencia e identidad. Contribuyendo a materializar en el espacio un *ethos* comunitario que delimita materialmente la distinción simbólica que se establece entre la comunidad propia («nosotros») y el resto con quienes se coexiste en la urbe («ellos», «el otro»). Como se puede observar en actos de festivos o conflictos con una base territorial, el *barrio* mantiene en muchos casos todavía un valioso potencial mítico, ritual e identitario (o, al menos, identificatorio). Esta capacidad simbólica en potencia a menudo contrasta con las condiciones materiales de existencia de sus residentes, que muchas de sus actividades cotidianas y redes de sociabilidad se localizan en otras partes de la urbe, del país o del mundo.

El creciente uso cotidiano de las tecnologías de comunicación e información ha puesto en crisis la sociabilidad urbana tradicional sustentada en la copresencia simultánea y los encuentros cara a cara. Desde el punto de la sociabilidad no cabe duda de que este es un fenómeno revolucionario que supone cambios irreversibles en la manera cómo la gente interactúa en la ciudad. Sin embargo, es claro que siempre será necesario algún punto físico en la ciudad —*barrio*, espacio público urbano u otro— en el que potencialmente puedan producirse encuentros, así como lugares donde poder materializar los rituales que sirven para representar a la comunidad urbana. De manera individual e informal —como un encuentro casual entre dos conocidos en la calle— o de manera colectiva y formal —en una procesión—.

La generalización del uso de estas tecnologías no disminuye la necesidad de interrelación humana en la ciudad, sino que más bien transforman las formas en cómo estas se llevan a cabo. La copresencia, barrera que el ámbito virtual no puede superar, continúa y continuará siendo condición básica para la vida social en las ciudades y, por lo tanto, en la configuración de la comunidad urbana. Los barrios tecnológicos, recreaciones artificiales de la vida

²⁵ Como señala Putnam (2000) al referirse a la creciente fragmentación física de la vida cotidiana de los residentes suburbanos, lo que produce un creciente distanciamiento entre las experiencias de la vida comunitaria de proximidad y la vida cotidiana de la mayoría de la gente en su sitio de residencia con respecto a su lugar de trabajo, de compra o lugar de residencia de su familia y amistades.

de barrio promovidas por políticas urbanas de desarrollo son un buen ejemplo de ello ya que a pesar del alto grado de interconectividad telemática que tienen sus residentes, se busca premeditadamente el recrear las cualidades del barrio tradicional con actos de sociabilidad «a la vieja usanza» sustentados en encuentros informales cara a cara.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALABART, A. (2003), «Sociología urbana», en S. Giner (coord.), *Teoría sociológica moderna*, Barcelona, Ariel.
- ALONSO, L.E. y FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, C. (2007), «La postmodernidad cálida», *Revista Anthropos*, 215, 63-79.
- ARIES, P. y DUBY, G. (1992), *Historia de la vida privada*, Madrid, Taurus (5 vols.).
- ASCHER, F. (2005), *Los nuevos principios del urbanismo*, Madrid, Alianza.
- BACHELARD, G. (1965), *La poética del espacio*, México D. F., FCE.
- BAGNASCO, A. (1994), *Fatti sociali formati nello spazio*, Milán, Angeli.
- BARINGO, D. (2012), «La calle como campo de batallas. Indignados, motines urbanos y luchas en la ciudad». *Sistema: Revista de Ciencias Sociales*, n° 227, 103-116.
- BAUMAN, Z. (2008), *Confianza y temor en la ciudad. Vivir con extranjeros*, Barcelona, Arcadia.
- (2003), *Modernidad líquida*, México D.F., FCE.
- BECK, U. (1994), *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*, Barcelona, Paidós.
- A. GIDDENS y LASH, S. (1997), *Modernidad reflexiva. Política, tradición y estética en el orden social moderno*, Madrid, Alianza.
- BERIAIN, J. (1996), *Las consecuencias perversas de la modernidad: modernidad, contingencia y riesgo*, Barcelona, Anthropos.
- BLOKLAND, T. (2003), *Urban Bonds*, Cambridge, Polity Press.
- BOURDIEU, P. (1993), *La Misère du monde*, París, Seuil.
- BOURGOIS, P. (2003), *In search of respect. Selling crack in El Barrio*, Nueva York, Cambridge University Press.
- BUCK, N. (2001), «Identifying Neighbourhood effects on social exclusion». *Urban Studies*, n° 38 (12), 2251-2275.
- CANEVACCI, M. (2002), «Suazi comunicativi, en C. Mattogno (ed.), *Idee di spazio, lo spazio nelle idee*, Milán, Franco Angeli, 217-227.
- CARRETERO, A.E. (2007), «La misteriosa naturaleza del vínculo societal», *Revista Anthropos*, 215, 80-91.
- CASTEL, R. (2003), *L'insécurité sociale. Qu'est-ce qu'être protégé?*, París, Seuil.
- CASTELLS, M. (2006), *La sociedad red*, Madrid, Alianza.
- (2002), *La era de la información*, Madrid, Alianza, 3 volúmenes.
- (1983), *The City and the Grass-roots: A Cross-cultural Theory of Urban. Social Movements*, Berkeley (California), University of California Press.
- (1974), *Movimientos sociales urbanos*, México D. F., Siglo XXI.
- (1972), *La question urbaine*, París, Maspero. En español: (1976). *La cuestión urbana*, México D. F., Siglo XXI.

- CHAPOULIE, J. M. (2001), *La tradition sociologique de Chicago. 1892-1961*, París, Seuil.
- COLEMAN, J. (1990), *Foundations of social theory*, Cambridge, The Belknap Press of Harvard University Press.
- COOLEY, C.H. (1902), *Human nature and the social order*, Nueva York, Scribner.
- CRANG, M. (2000), «Public space, urban space and electronic space: Would the real city please stand up?». *Urban Studies*, vol. 37, nº 2, 301-317.
- DEAR, M. (1992), «Understanding and overcoming the NIMBY Syndrome». *Journal of the American Planning Association*, vol. 58, 3 (verano), 288-300.
- DEL CERRO, G. (2004), «Ciudades y globalización: un enfoque teórico», *Revista Española de Sociología*, nº 4, 199-218.
- DURKHEIM, É. (2007), *Las formas elementales de la vida religiosa*, Madrid, Akal.
- ELIAS, N. (1987), *La Société des individus*, París, Fayard.
- ELSTER, J. (2006), *El cemento de la sociedad. Las paradojas del orden social*, Barcelona, Gedisa.
- (1995), *Tuercas y tornillos. Una introducción a los conceptos básicos de las ciencias sociales*, Barcelona, Gedisa.
- FEIXA, C. (Dir) (2006), *Jóvenes «latinos» en Barcelona. Espacio público y cultura urbana*, Barcelona, Anthropos.
- FLORIDA, R. (2009), *Las ciudades creativas. Por qué donde vives puede ser la decisión más importante de tu vida*, Barcelona, Paidós.
- FRIEDMANN, J. y WOLFF, G. (1982), «World city formation: an agenda for research and action». *International Journal of Urban and Regional Research*, nº 6, 309-344.
- GANS, H. (1962), *The urban villagers: groups and class life of Italian-american*, Nueva York, Free Press.
- GARCÍA CANCLINI, N. (2009), *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, México D. F., Random.
- (2004), «El dinamismo de la descomposición: megaciudades latinoamericanas», en P. Navia y M. Zimmerman (coords.), *Las ciudades latinoamericanas en el nuevo (des)orden mundial*, México D. F., Siglo XXI.
- GAVIRIA, M. (1971) *Campo, urbe y espacio del ocio*, Madrid, Siglo XXI.
- (1968), *Gran San Blas: Análisis socio-urbanístico de un barrio nuevo*, Madrid, Tecnos.
- GIDDENS, A. (1989), *Sociology*, Cambridge, Polity Press.
- (1984), *The constitution of society*, Cambridge, Polity Press.
- GOFFMAN, E. (1979), *Relaciones en público. Microestudios de orden público*, Madrid, Alianza.
- GOTTDIENER, M. y HUTCHISON, R. (1994), *The new urban sociology*, Boston, McGraw Hill.
- GRANOVETTER, M. (1982), «The strength of weak ties: a network theory revisited». En P. Marsden y N. Lin, *Social Structure and network analysis*, Beverly Hills (California), Random.
- HANNERZ, U. (2005), *Transnational Connections*, Londres, Routledge.
- HARVEY, D. (1997), *La crisi Della modernità. Alle origini del mutamenti culturali*, Milán, Il Saggiatore.
- (1973), *Social Justice and the City*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.

- KEITH M., y S. PILE (1996), *Place and the Politics of Identity*, Londres, Routledge.
- KELLER, S. (1975), *El vecindario urbano*, Madrid, Siglo XXI.
- KÖNING, R. (1971), *Sociología de la comunidad local*, Madrid, Euramérica.
- LAMO DE ESPINOSA, E. (2001) «La sociología del siglo X», *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, nº 96, 21-50.
- LANDRY, C. (2008), *The creative city*, Londres, Earthscan.
- LEAL, J. y ALABART, A. (2007), «La sociología urbana en España», en M. Peres Yruela, *La Sociología en España*, Madrid, Ediciones CIS.
- LEFEBVRE, H. (1974), *La Production de l'espace*, París, Éditions Anthropos.
- LEPOUTRE, D. (2001), *Coeur de banlieue. Codes, rites et langages*, París, Odile Jacob.
- LIPOVETSKY, G. (2002), *La era del vacío*, Barcelona, Anagrama.
- LORENTE, J. P. (2009), «¿Qué es y cómo evoluciona un barrio artístico? Modelos internacionales en los procesos de regeneración urbana impulsados por las artes», en B. Fernández y J. P. Lorente, *Arte en el espacio público: barrios artísticos y revitalización urbana*, Zaragoza, PUZ.
- MAFFESOLI, M. (2000), *Le Temps des tribus. Le déclin de l'individualisme dans les sociétés postmodernes*, París, La Table Ronde.
- (1996), *De la orgía. Una aproximación sociológica*, Barcelona, Ariel.
- MASSEY, D., QUINTAS, P. y WIELD, D. (1992), *High Tech Fantasies. Science parks in society, science and space*, Londres, Routledge.
- MAYER, M. (2003), «The Onward Sweep of social capital: Causes and consequences for understanding cities, communities and urban movements». *International Journal of Urban and Regional Research*, nº 27 (1), 110-132.
- MITCHELL, W. J. (1995), *City of bits: Space, place and the infoband*, Cambridge (Massachusetts), MIT Press.
- MUMFORD, L. (1997), *La città nella Storia*, Milán, Bompiani.
- MUSTERD, S., MURIE, A. y KESTELOOT (2006), *Neighbourhoods of poverty: Urban social exclusion and integration in Europe*, Londres, Palgrave.
- NELLO, O. (2003), *Aquí, no! Els conflictes territorials a Catalunya*, Barcelona, Empúries.
- NISBET, R. (1966), *The sociological tradition*, Nueva Cork, Basic Books.
- PACIONE, M. (2001), *Collective consumption and social justice in the city*, Londres, Routledge.
- PADDISON, R. (2001), *Handbook of urban studies*, Londres, Sage.
- PICÓ, J. y SERRA, I. (2010), *La Escuela de Chicago de Sociología*, Madrid, Siglo XXI
- PUTNAM, R. (2000), *Bowling alone: the collapse and revival of American community*, Nueva York, Touchstone.
- RHEINGOLD, H. (2005), «Introduction to the virtual community» en K. Gelder. *The subcultures reader*, Londres, Routledge.
- SACO, D. (2002), *Cybering democracy. Public space and the Internet*, Mineápolis, University of Minnesota.
- SASSEN, S. (2011), *Cities in a world economy*, Thousand Oaks, Pine Forge Press.
- (2001), *The global city: New York, London, Tokyo*, Princeton, Princeton University Press.

- SCHÖN, D. (1989), «L'intervento pubblico sulle reti sociali informali», *Revista di Scienza dell'Amministrazione*, n.º 1, 3-46.
- SENNETT, R. (2001), *Vida urbana e identidad personal*, Barcelona, Península.
- (1998), *The corrosion of character. The personal consequences of work in the new capitalism*, Nueva York, Norton.
- SUBIRATS, J., IGLESIAS, M., MARTI-COSTA, M. y TOMAS, M. (2011), *Políticas urbanas en España*, Barcelona, Icaria.
- TILLY, C. (2010), *Los movimientos sociales, 1768-2008. Desde sus orígenes a Facebook*, Barcelona, Crítica.
- TIMMS, D. (1976), *El mosaico urbano*, Madrid, IEAL.
- TONKISS, F. (2003), «The ethics of indifference. Community and solitude in the city», *International Journal of Cultural Studies*, 6, 3, 297-311.
- TÖNNIES, F. (1979), *Comunidad y asociación: El comunismo y el socialismo como formas de vida social*, Barcelona, Península.
- TURKLE, S. (1997), *La vida en la pantalla, la construcción de la identidad en la era de Internet*, Barcelona, Paidós.
- VALLÈS, J. M. (2000), *Ciencia política. Una introducción*, Barcelona, Ariel.
- WACQUANT, L. (2006), *Parias urbains. Ghetto, banlieus, État*, París, Éditions La Découverte.
- WEBER, M. (1944), *Economía y sociedad*, México, FCE.
- WELLMAN, B. (1999), *Network ing the Global Village, Life in Contemporary Communities*, Oxford, Westview Press.
- y GULIA, M. (1997), «New surfers don't ride alone: virtual communities as communities», en P. Kollock y M. Smith, *Communities in cyberspace*, Berkeley, University of California Press.
- WINNER, L. (2004), «La casa de los misterios de Silicon Valley», en M. Sorkin (ed.), *Variaciones sobre un parte temático. La nueva ciudad americana y el fin del espacio público*, Barcelona, Gustavo Gili, 47-78.

David Baringo Ezquerro es doctor en Sociología. Profesor Asociado en la Facultad de Ciencias Sociales y del Trabajo de la Universidad de Zaragoza. Director de Proyectos de IDOM (www.idom.com). Miembro del Observatorio Aragonés de Arte en la Esfera Pública. Sus temas de investigación son la sociología urbana, el ordenamiento territorial, las políticas sociales y las tendencias sociales y culturales. Cuenta con una decena de publicaciones en torno a estas cuestiones.

Recibido: 02/10/2011

Aceptado: 13/12/2012